

Título:**El riesgo de educar en la libertad.****El método educativo en la propuesta de Luigi Giussani.****Autor: Massimo Camisasca****Categoría: Persona y sociedad****Materias: Educación Libertad****Luigi Giussani****Mov. Comunión y Liberación****Educación**

El objetivo de la educación es formar un hombre nuevo; por eso, los factores activos de la educación deben tender a hacer que el educando actúe cada vez más por sí mismo, y «que afronte cada vez más el ambiente por sí solo. Por tanto, será necesario, por un lado, ponerlo cada vez más en contacto con todos los factores del ambiente y, por otro, dejarle cada vez más responsabilidad de elección» (Luigi Giussani). En resumen, la obra educativa nace solamente de una idea: el bien de la otra persona. De este modo, es esencial no juzgar, no ser impacientes, volver a empezar una y otra vez. Asimismo, es esencial hacer sentir la importancia de las decisiones que uno toma, para que sean verdaderamente personales y para que sean responsables. Ayudando a soportar juntos las dificultades, Dios nos llama a colaborar en su acción creativa y de redención del mundo. En conclusión, la obra educativa es imitación de Dios. A continuación, Massimo Camisasca trazará los rasgos de la propuesta educativa del sacerdote de Decio, fundador del movimiento católico Comunión y Liberación, con reconocimiento pontificio.

Introducción

“Educar es un riesgo” es seguramente uno de los textos más importantes de Luigi Giussani. Es fruto de un intenso trabajo de reflexión a partir de su dilatada experiencia como profesor de teología y religión, tanto en liceos como en la universidad. El libro muestra la importancia fundamental que ha dado al problema educativo desde el origen de su experiencia. La educación es el punto que resume su mirada al hombre. La educación, que constituye su mayor preocupación; la educación, que ha sido el objetivo principal de todas sus obras. Según él, toda relación humana, en cuanto tal, es una relación educativa. Y esta permanente preocupación, de esta forma, se ha concretado después, históricamente, en todo lo que ha nacido de él, bajo el nombre de *Comunión y Liberación, Memores Domini*, etcétera.

Este texto nace de una gran confianza en la razón del hombre. En primer lugar, se ve en el hecho que no trata de la educación «cristiana», sino de la educación en general. Por una parte, se confía en la autoridad, que hace posible este proceso. Por otra, se valoriza la experiencia del hombre, su libertad y su capacidad de verificar la experiencia que se propone a ella. El título mismo expresa el interés anti-ideológico de la obra, puesto que en la educación se trata de correr un riesgo, juntos, frente a la vida y frente a las personas que se aman. Pero cuidado: riesgo no significa peligro, riesgo quiere decir aceptar la posibilidad de equivocarse, perdonarse, recomenzar, y amar el ideal más que a uno mismo.

Mi exposición se dividirá en tres núcleos temáticos fundamentales del texto: El primero es la definición de educación como introducción a la realidad. El segundo trata en líneas generales de la figura del educador. Por último, hablaré de la actualidad del libro en nuestro contexto actual.

1. **Educar es introducir a la realidad**

Esta obra muestra claramente la posición de Giussani ante los hombres. Él es una persona que ha vivido una gran experiencia y quiere comunicarla a los demás. La educación se resume así: es la comunicación a los demás de la propia experiencia; es el don de algo recibido, que se considera precioso, esencial, para uno mismo y para los demás.

En este sentido, es útil meditar la definición inicial de **Jungmann** con la que Giussani inicia su obra: la educación es una introducción a la totalidad de lo real. Esta es la tarea del padre y del maestro: ponerse al lado del hijo, del amigo, del discípulo, y abrir sus ojos para que pueda mirar, abrir sus labios para que pueda dar nombres a las cosas, enseñar a sus manos a escribir y a crear, enseñar a sus pies a caminar.

Es una «introducción» porque en este proceso una persona acompaña a la otra persona. Una persona acompaña a otra para que ésta abra sus ojos a todas las cosas, y entre en ellas creativamente. La obra educativa es la obra de alguien que acompaña a otra persona para introducirla a lo real.

La experiencia de la madre muestra este proceso claramente. Ella actúa una función fundamental de introducción a la realidad para el niño. Al principio, debe explicar las cosas más básicas: el significado de las palabras o el uso de los objetos. No simplemente haciendo que el niño repita los nombres y las palabras sin entender qué quieren decir, sino haciéndole consciente del significado de cada cosa. Así, la madre cumple una función absolutamente necesaria para el niño.

Este proceso, que en los primeros años de vida es evidente, dura toda la vida. La transmisión de experiencias es una coordinada constante en las relaciones humanas cotidianas. Ciertamente, esta concepción implica que la vida tenga un sentido. Sin un sentido, el itinerario no tendría razón de ser. Pero Giussani muestra cómo existe un itinerario inscrito en la vida, cómo existe una vocación en el hombre a su propia humanidad.

Así, además de la persona que educa y de quien es educado, hay un tercer factor en juego. Que dos personas se impliquen en una relación educativa significa mirar ambos a un tercero. En todo proceso educativo es fundamental aquella experiencia que otro, la misma, estoy viviendo, que transmito. Y en el fondo, quiere decir vivir con él introducción al misterio que yo vivo.

Lógicamente, sin interés real por mi vida, no puede existir una obra educativa verdadera. Si yo no vivo una experiencia interesante para mí, difícilmente comunicaré algo.

Pero si vivo con pasión la realidad, se suscita en el otro la pregunta: ¿es posible vivir esta experiencia también yo?

2. **La figura del educador**

El educador, por tanto, es aquella persona que hace participar a otro de la propia experiencia. Educar quiere decir implicar al otro en aquello que yo vivo; es mostrar a otro aquello de lo que yo dependo; es transmitir a otro algo que yo he recibido. Por esta razón, se puede ser verdadero educador solamente si se es discípulo. Una concepción moderna y falsa muestra la educación como un gran supermercado, donde el educador pone a disposición del cliente los productos, y éste elige si comprarlos o no. En cambio, la verdadera educación es hacer partícipe a otro de algo que yo estoy viviendo, es decir, de mi propia experiencia.

El maestro quiere ayudar al discípulo a encontrarse a sí mismo y a encontrar aquello que está fuera. Quiere hacerle caminar sobre la tierra sin olvidarse de las estrellas. Quiere ayudarle a comprender que los deseos se pueden realizar, porque son la huella de Aquél que nos ha querido desde la nada, y que no nos deja solos. Quiere, en resumen, acompañarle en su camino.

En este sentido, es importante notar que comunicar la experiencia no es mostrar a otro mi inteligencia o mis capacidades. «Ven y verás» invita a compartir aquello que he recibido, aquello en lo que estoy implicado, y no mi excepcionalidad. El peligro que se corre, desgraciadamente difundido, es el posesivismo: se trataría de poseer y manipular al hijo, al discípulo o al amigo, según mi parecer. Por lo demás, si al educar me complazco de mí mismo y de los conocimientos ya adquiridos, el entusiasmo se acaba pronto.

En realidad, Dios me implica en su misterio haciéndome responsable de otros hombres. Este es el verdadero significado que Giussani da a la palabra autoridad. Para él, la autoridad no es alguien que impone su visión a los demás, casi a la fuerza, sino que la autoridad viene dada para que yo me haga cargo de otras personas. No me limita a un comportamiento definido, sino que me reclama a una responsabilidad. Me sugiere una propuesta, que debo verificar para llegar a ser yo mismo y para ayudar al otro a ser él mismo. Y caminando, poco a poco se descubre que se es uno mismo, completamente, cuando se adhiere a algo que no soy yo.

La autoridad es la sollicitación a un camino, no es el juez de los errores. Debe ser la presencia concreta del ideal. En este sentido, se puede decir que la educación no mira a un comportamiento, sino a un reconocimiento. La única cosa importante es que nuestro espíritu sea tan sencillo, tan puro, tan dispuesto a aprender, que reconozca lo que Dios va haciendo.

Entonces, la cuestión es ponerse con sencillez ante la otra persona, ante las cosas y ante el misterio, dispuestos a aprender juntos. Sobre todo ante el misterio, porque el misterio es esta realidad total a la que conduce la introducción, que es el proceso de conocimiento de todas las cosas. Si se elimina el misterio, desaparece ese tercer elemento que es fundamental en la educación, desaparece la experiencia verdadera que he recibido y

que debo transmitir. Por tanto, se trata de establecer una relación entre los tres elementos: entre las cosas, las personas y el misterio, que constituyen la totalidad de lo real.

Cuando Jesús enseñaba a sus discípulos, su objetivo principal era mostrar su dependencia de Dios con la llegada de su Reino. Si hablaba en parábolas, si hacía milagros, si les enseñaba a rezar, era para introducirles en el misterio de su Padre, que ha creado todas las cosas. Su autoridad era indiscutible, pero les llamaba amigos y no siervos. Es decir, les acompañaba en su camino humano, para que también ellos pudiesen vivir la relación con el misterio que él vivía. El maestro por excelencia, pues, es Jesús.

3. **El discípulo y la tradición**

El discípulo, en este momento, se hace protagonista. Su tarea es descubrir en primera persona el bagaje que se le transmite. Su recorrido histórico, cuyos pasos fundamentales muestra este libro, parte de algo que viene dado y que debe descubrir de nuevo.

Nadie nace de la nada, de cero. Nacemos en un lugar, en un contexto, en una tradición; donde la palabra «tradición» quiere decir una serie de datos recibidos que uno debe poner ante sí y valorar; no un mapa del mundo ya completado que uno debe aceptar sin rechistar. Educar significa pensar en esta tradición, ser conscientes de este contexto, observar lo que promete; pero al mismo tiempo significa hacerla propia críticamente. Por eso, se habla de «crisis» en la educación, y de necesaria personalización. No debo repetir aquello que me han comunicado sin saber lo que estoy diciendo, sino que debo verificarlo de forma crítica, de modo que lo que he recibido llegue a ser mío verdaderamente.

Es como si se fuesen recibiendo objetos que uno va poniendo en su mochila y va cargando a sus espaldas. La tradición son los contenidos que unos y otros van depositando en esta mochila: la familia, la escuela, la Iglesia. Cada uno transmite lo que considera más relevante, sus experiencias mejores. Hasta una cierta edad, el niño puede repetir: «Esto es así porque lo ha dicho mamá», o «porque lo ha dicho el profesor». Pero llega un momento en el que uno siente que debe vaciar la mochila y poner ante sus ojos todo lo que ha ido recibiendo. Revolviendo entre sus contenidos, uno debe elegir con qué cosas quedarse y qué cosas abandonar, para no cargar con pesos innecesarios. La valoración crítica o verificación se produce en este momento, no necesariamente negativo, en el que se vacía el saco y se compara lo que hay dentro con los deseos del corazón.

A este respecto debo hacer una anotación cultural. Hoy nos encontramos con una dificultad mayor, porque ha desaparecido el contexto social que hacía sencilla la asunción de la tradición. La tradición, entendida en este sentido positivo, es una primera hipótesis recibida en la infancia que explica la totalidad de lo real. Mientras que antes era más fácil transmitir de padres a hijos una hipótesis, una visión del mundo, hoy la comunicación es mucho más complicada. Ahora no hay tradición, no hay padres, no hay maestros. En este ambiente, también dentro de la Iglesia, la verdadera tradición puede perderse o fosilizarse como tradición ideológica, pero no viva.

Giussani afirma que la persona no parte nunca de cero, sino que debe reconocer su dependencia original. Después, debe descubrir las razones de su experiencia. «Es necesario un nuevo método de educación», escribe al inicio, mientras examina el momento histórico en el que vive; y en un segundo momento muestra las bases de este nuevo método. Sobre todo enseña que el hombre debe ser ayudado a encontrar el misterio que lo define, sin reducirlo a esquemas o ideologías, leyes o convenciones prácticas. Si la primera parte es histórica, la segunda muestra el corazón de la educación como riesgo.

La verdadera educación, como hemos visto, parte precisamente de la transmisión de una hipótesis de respuesta a las preguntas que emergen. Por este motivo Giussani, como se puede leer en el texto, no acepta el laicismo. Es decir, la afirmación del hombre como independiente de todo ligamen, la negación de la pertenencia. Es un tema muy actual, sobre todo en Europa, donde se insiste en la idea que pertenecer quiere decir ser intolerante. Esta definición destruiría la raíz de la experiencia cristiana, pero destruiría igualmente al hombre. El hombre, de hecho, se concibe a sí mismo como relación, como pertenencia, primero a sus padres, luego a la novia, a su trabajo, a los amigos. En cambio, el laicismo propone la idea de una libertad entendida como ausencia de ligámenes y de hipótesis. Sin pertenencia, sin hipótesis, uno se encuentra solo y alienado, sin certezas con las que confrontarse. Y al final, esta falta de respuestas le conduce a la violencia.

En resumen, la obra educativa nace solamente de una idea: el bien de la otra persona. De este modo, es esencial no juzgar, no ser impacientes, volver a empezar una y otra vez. Asimismo, es esencial hacer sentir la importancia de las decisiones que uno toma, para que sean verdaderamente personales y para que sean responsables. Ayudando a soportar juntos las dificultades, Dios nos llama a colaborar en su acción creativa y de redención del mundo. En conclusión, la obra educativa es imitación de Dios.

Fuente: Libro Anual del Instituto Superior de Estudios Eclesiásticos, Arquidiócesis de México, Vol. 2, No. 5